

# Las Vidas Soñadas

Juan José Cabedo Torres

*Cualquier recuerdo es, en el fondo, una fábula*  
Gesualdo Bufalino.

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

La verdad es que no sé cómo fui a parar allí, pero el caso es que un buen día desperté al mundo en la caseta de un guardabarreras. A lo mejor nací en ella o alguien me abandonó en la puerta, dentro de una cesta de mimbre, con una nota cosida a los pañales: «Cuídenla, tiene nobles ascendientes y una dulce mirada». No sé. Me crió un hombre que hizo de padre y de madre cuando yo aún ignoraba el significado de tales palabras. Se llamaba a sí mismo el tío Ramón. Supe que no éramos los únicos habitantes sobre la tierra cuando me di cuenta de que ante nosotros pasaban fugazmente sombras de viajeros somnolientos difuminados tras el vaho de las ventanillas. Eran los otros, los que habitaban la neblina que flotaba a ambos extremos de la vía, de la que todo surgía y a la que todo regresaba. Según el tío Ramón, cuyo humor dependía de la dirección del viento o de las fases de la luna, yo también había salido de la nada. Unas veces me contaba que había llegado a la llanada colgando del pico de una garza despistada, otras que había crecido espontáneamente debajo de una mata de habas. Siempre he sido curiosa, y cuando preguntaba de qué color era la garza o cuándo florecen las matas de habas, el tío Ramón sonreía con la mitad de la cara, apuraba el vaso y dejaba que las palabras le resbalaran lentamente de los labios como una baba.

La mujer alargó la mano hasta la mesilla, abrió el bolso, revolvió su interior y extrajo el paquete de tabaco sin dejar de escrutar con disimulo el efecto que sus palabras producían en el cuerpo que yacía boca arriba al otro lado de la cama.

— Lo llamaba tío, pero nunca supe si verdaderamente lo era. Algunos días de invierno se sentaba junto al fuego y contaba que mi madre, su supuesta hermana, había muerto al alumbrarme. Yo le preguntaba por mi padre, pero él callaba. Entonces yo también me refugiaba en el silencio y escarbaba en las brasas hasta dibujar en sus formas caprichosas la imagen de una madre hermosísima levitando sobre las llamas como una Virgen de tez negra y triste mirada. Cuando se desvanecía, removía de nuevo el rescoldo para perfilar el rostro de mi padre, pero él fue siempre una silueta incompleta en la ceniza.

“No sé si lo he mencionado, pero mi tío, cuando estaba sereno, guardaba una barrera de paso a nivel situada en el centro de ninguna parte. Miraras hacia donde miraras, todo era llanura blanquecina y parda, suavemente ondulada hacia un horizonte de oteros y espartales. Durante mi infancia pensaba que la tierra formaba en torno a mí una circunferencia dividida en dos semicírculos idénticos por la línea plateada de la vía. Siempre me fascinó la nítida pureza de los raíles, pero pronto me di cuenta de que no se debía tanto a ellos mismos como al polvo del camino que serpenteaba a su lado. Lo mejor era el cielo, sin duda. Desde el horizonte se elevaba como un inmenso telón cárdeno en los

lentos atardeceres de verano, como una pálida gasa irisada de azules y blancos en invierno. Apenas había primavera en aquel lugar, tampoco otoño, sólo una violenta sucesión de veranos tórridos e inviernos heladores, bajo la lentitud del sol trazando su trayectoria pausada e implacable, bajo el misterioso baile de las constelaciones alrededor de la estrella polar.

“Por las mañanas el tío Ramón combatía la resaca cultivando un raquítrico huerto que la caseta apenas protegía del viento. Por las tardes se calaba la gorra, arrimaba su corpachón de minero jubilado a la pared de adobe y esperaba pacientemente a que pasara el último mercancías de Levante. Entonces se sentaba en el umbral, se quitaba la gorra de reglamento y bebía, bebía como si una inmensa mano que brotaba de su propio cuerpo le agarrara de repente el alma y quisiera descuajársela del gznate. Aprendí pronto que en esos momentos era mejor mantenerme a distancia. Cuando él empezaba a beber, yo me descalzaba, guardaba los zapatos en la alacena y corría a jugar en el talud de la vía. Desde allí lo veía levantarse bruscamente del umbral y derrumbarse de inmediato como si la misma mano que le arrancaba el alma le desternillara sin piedad el esqueleto. A veces caminaba gesticulando con ademanes de autómatas hasta un peñasco en forma de sapo, trepaba torpemente a él y predicaba su queja universal contra todo y contra todos, o proclamaba su inconexa renuncia a un mundo en el que se sentía irremisiblemente extraño. Algunas tardes, cuando ya apenas podía articular su propio nombre, empezaba a bracear como si el vino hubiera tejido en torno a él una inmensa telaraña. Cuando ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando, se enroscaba sobre su propio vientre boqueando como una carpa y esperaba en silencio, como si la inmovilidad absoluta lo hiciera invisible a las arañas, como si agarrarse las piernas y clavar el mentón en las rodillas pudiera salvarlo del fulgor que brotaba de las piedras como un presagio de derrota.

La mujer aplastó la colilla en el cenicero, se abrazó los hombros como si el relato le despertara en el pecho las cicatrices de antiguas emociones y se abandonó a la inercia del recuerdo, que le mecía el cuerpo como sólo saben mecer los sueños.

—Algunas noches, mientras mi tío dormía la borrachera, yo me sentaba frente a la tabla que esquematizaba el paso de los trenes. Me gustaba recorrer con el dedo las líneas, sentir bajo la yema los cruces y las intersecciones, los pasos a nivel e intuir, más allá del marco, las ciudades lejanas. Jugaba a adivinar dónde y cuándo parpadearía la siguiente bombilla, y me hacía pequeña para viajar en las diminutas máquinas que recorrían aquel universo en miniatura. «Chinchilla, veinte minutos, luz blanca», leía en el cuaderno que colgaba del marco de la ventana. Al otro lado del cristal las estrellas titilaban como esquirlas de hielo en un mar negrísimo. En mi recuerdo las noches de la llanura han quedado paralizadas en una inmensa noche sin orillas, sin chasquidos, sin murmullos, una noche espesa y dura dominada por el silencio metálico que anuncia la llegada del convoy, un convoy que sigue atravesando la nada desde el corazón de un bosque de pesadilla.

“Una madrugada, sin saber muy bien por qué, me descubrí contándome historias. El día anterior había encontrado un periódico y un trozo de fotonovela, y había pasado la tarde entretrejiendo por juego las frases de los titulares e imaginando las vidas de los personajes retratados en posturas forzadas. En un principio la novedad me mantuvo despierta y alejó de paso a los fantasmas, pero al tiempo, sin querer, sin yo saberlo, hizo crecer en mi alma una nueva glándula que mi voluntad no controlaba. Sacar los papeles del cajón y dejar que la imaginación revoloteara sobre las páginas amarillentas era la forma rudimentaria de empezar a escuchar con nitidez las voces que antes me llegaban acolchadas por la distancia desde el otro lado del mundo. Al poco de empezar esta práctica me di cuenta de que, en realidad, no era yo la que hablaba. Era como si alguien que había entrado en mí me susurrara quedamente un territorio de ensueño donde nada era imposible, donde crecía un espacio ordenado a mi imagen y semejanza. Así yo, que como los trenes que emergían cada día de la nada, empecé a inventarme un pasado desde el que alimentar la esperanza de abandonar algún día la llanada.

La mujer encendió otro cigarrillo, recalentó el filtro con dos ávidas caladas y observó cómo el humo jugueteaba con el eco de sus últimas palabras.

—Pronto se me quedaron pequeñas las historias de los papeles. Se me ocurrió entonces utilizar los objetos que extraviaban los viajeros. Antes no eran más que chatarra, pero aprendí a verlos como la prueba de que, en algún lugar, era posible vivir una vida distinta. Los recogía durante el día y por la noche imaginaba cómo era la muchacha que había utilizado la barra de labios, dónde vivía, a qué ventanas se asomaba, qué corbatas había prendido ese alfiler en forma de candado, qué pensamientos había sujetado en la badana el sombrero volado por el viento. Por la noche, mientras el tío Ramón naufragaba en la frasca viviendo a su manera su propia confusión interior de vidas prestadas, yo examinaba la cadena de un reloj descompuesto o un pedazo de carta arrugada e ilegible por las lágrimas.

La mujer se detuvo, dejó que sus dedos acariciaran el dobladillo de la sábana, esperó unos segundos y continuó, ya en el borde de la pausa dramática.

—Un día de mayo encontré un camafeo y dentro, el retrato. Me gustó, no sé por qué. Quizás porque la fotografía se desvanecía hacia los bordes, como si el rostro y los ojos que me miraban estuvieran inscritos en un halo.

Instintivamente la mujer fijó la mirada en el hombre que yacía a su lado. El parecido, que la noche anterior era algo más que una evidencia bajo las luces intermitentes del bar, se había evaporado como por ensalmo. Aún así, la mujer continuó, aunque ahora arrastraba un poco las palabras.

— El retrato hizo que dejaran de interesarme los objetos que encontraba junto a la vía e instaló en mí el imperioso deseo de huir, de buscar a aquel hombre que me había encontrado. Durante el día me tumbaba boca arriba entre los cardos y absorbía con los ojos en azul del cielo, una tersa inmensidad donde nunca navegaba una nube inútil. De cuando en cuando volteaba la cabeza y

aplicaba el oído al raíl. Me gustaba pensar que el rumor del hierro en mi cabeza era en realidad una frase modulada por los labios que me llamaban. Entonces me giraba para sentir la tierra en la espalda, cerraba los ojos, apretaba la fotografía contra el pecho e imaginaba cómo las cálidas pupilas del retrato se hacían en mi piel unas manos ingravidas que recorrían despacio mi cuerpo de niña solitaria. Con cada caricia se me agrandaba el corazón, que me revoloteaba en el pecho como un pajarillo enjaulado. Los dedos, sus dedos, acrecentaban el latido que resbalaba por las vértebras y se deshacía en un reguero de leche tibia, de sangre perfumada.

“Todo el cuerpo se me esponjaba en bajamar de espumas y me envolvía el alma un aroma de algas mientras el hombre del retrato me vertía en el oído dulces historias de amor en un jardín lejano de mirtos y naranjos. Él me hablaba con una voz adelgazada por la distancia y en mí crecían dos seres puros que caminaban por senderos blanquísimos cogidos de la mano. Yo me sentaba en el cenador, recogía con pudor las enaguas y apoyaba la sombrilla plegada en el tronco del árbol. Él se arrodillaba a mis pies y me descalzaba; yo le atusaba el pelo y él besaba uno a uno mis deditos de nácar, subía por el empeine, se demoraba en la rodilla, me dibujaba en los muslos un laberinto húmedo de caricias cálidas”.

La mujer volvió a fumar. El humo ascendía en caprichosas espirales de ensueño mientras el eco de su voz se remansaba lentamente en el silencio uniforme de la noche. La mujer aspiró una última calada y cerró lentamente los ojos como si ese gesto ritual le asegurara que la mirada quedaría definitivamente anclada en la zona intermedia que separaba con nitidez salvaje la cruel realidad del mundo imaginario donde bailaron un instante las sombras antes de evaporarse definitivamente en los intersticios de la memoria. Entonces la mujer se peinó nerviosamente con los dedos, como si de esta forma pudiese huir de las certeza que le devolvía el espejo del armario. La mujer estuvo a punto de lamentar que hoy no fuera ayer, pero contuvo a tiempo la nostalgia. Sin embargo sacó el retrato del cajón de la mesilla y lo posó en la almohada junto al hombre. «Quizás si se dejara bigote», pensó. Luego suspiró y se dijo en voz alta:

— El muy cabrito se ha dormido.

La mujer calculó en unidades de desánimo cuánto tiempo habría estado hablando sola, estiró el cuerpo, relajó el cuello y fumó hasta el mediodía, escrutando en el techo la grieta precisa que unía su propia vida a la maraña de vidas inventadas.

*Juan José Cabedo Torres*